

## *Rituales de traducción<sup>1</sup>*

Una fotografía en blanco y negro presenta la fachada del “One Hotel”, una voz en off algo deshumanizada la describe minuciosamente, la recorre de un lado hacia el otro. Esta imagen es parte de un proyecto de Mario García Torres titulado *¿Alguna vez has visto la nieve caer?* donde el artista investiga el momento en que Alighiero Boetti vivió en Kabul durante los años setenta. El texto volvía visibles aspectos imperceptibles: el reflejo de un auto en un vidrio o un personaje detrás de un ventanal en el primer piso del Hotel. Esta pieza condensó muchos aspectos trabajados en las obras y presentaciones que tuvieron lugar en la sala de exposiciones de la Universidad Di Tella entre el 15 agosto y el 26 de septiembre bajo el título: *La vuelta al mundo...: la descripción frente a la reflexión formal, el recuerdo personal con la historia, la manipulación de la imagen frente a la atribución científica.*

Es imposible no hablar frente a una diapositiva. El proyector posee una temporalidad que la imagen esquiva, su sistema basado en la proyección sucesiva de numerosas imágenes hace que sea inevitable no construir un relato, no apelar a la descripción y no resistirse a llenar de palabras y gestos cada diapositiva.

Las presentaciones fueron el resultado de una invitación a mostrar archivos personales, trabajos en proceso o recortes de clases. Había cierta distensión en el uso del proyector que contrastaba fuertemente con una obra como la de García Torres, donde una estructura rígida sobrevolaba cada imagen y cada palabra. Las presentaciones, muchas veces, se caracterizaban por la falta de un orden y la posibilidad de volver atrás en el carretel, de acomodar el foco y señalar sobre la proyección provocando una sombra con el dedo índice. Un aire de nostalgia invadió toda la exhibición, cada invitado desempolvó fotografías o proyectos del pasado recurriendo a la confesión. Había un tono de deseo de retornar a esas imágenes, como si la diapositiva las transformara en más lejanas y por eso más anheladas.

*La otra cara de la Luna y el país de los proyectos perdidos* fue la primera exposición de José Emilio Burucúa: una serie de atribuciones pendientes que necesitaban una nueva lectura. Burucúa es uno de los intelectuales que entiende con mayor certeza el hecho de desplazarse sobre las imágenes. Su mirada pocas veces se detiene y las interrupciones son las que permiten volcar nuevos datos. Si la diapositiva hace un eco constante de las propuestas warburgianas, es Burucúa quien mejor las practica. Hubo mucho de *El ritual de la serpiente* en estas narraciones, muchas veces llevado a un tono detectivesco. Burucúa entiende las imágenes como una memoria que permite dar una continuidad para la cultura visual y es por esto que despliega anotaciones, como un diario con impresiones personales. Como contrapartida la obra de García Torres tiene un fin muy claro: detectar el “One Hotel” en un espacio físico. Aunque esta búsqueda abre caminos que son ajenos a la anécdota en torno a Boetti, la atribución se piensa en otro sentido, el despliegue, estilístico en el caso de las artes visuales, al que lleva una reproducción es el punto más importante, y la concreta atribución, una consecuencia muchas veces innecesaria. Burucúa hizo su presentación con un tono monótono, es extraño que no imprima con su voz algo del entusiasmo de sus palabras, fue repetitivo y los sobresaltos solo sucedieron cuando el proyector cambió de diapositiva.

---

<sup>1</sup> Este título fue tomado del texto del folleto de mano de Inés Katzenstein y Sofía Hernández Chong Cuy, curadoras de la exhibición.

Vivi Tellas trabajó con impresiones de su niñez en Los Ángeles. Tal vez el título, *Mi padrastró malo*, condicionaba cada una de las diapositivas proyectadas, el tono siniestro se daba hasta en las imágenes más simples. Tellas apenas esbozaba oraciones, estaba nerviosa y lo que decía poco aportaba a esas fotografías. A pesar de ser un relato interrumpido, sus palabras cobraron un tono cinematográfico, tal vez por ser Hollywood el escenario. Los movimientos de la niña, su madre, la vida familiar y una mirada perturbadora por detrás de la cámara. Más que una presentación fue una confesión que se revelaba en la última diapositiva donde, como en una obra de Alejandro Cesarco, el calor del proyector desgastaba una imagen de juventud.

La reflexión sobre el formato estuvo más presente en el trabajo de Martín Legón: *Si las cosas fueran señales*. Este tenía una particularidad: las diapositivas eran provenientes de diversos lugares a través de compras por internet. Aquí la relación con una historia personal, como en el caso de Tellas y Burucúa, se disolvía. Estas fotografías anónimas, prototípicas de la clase media estadounidense anteriores a la década del setenta, habilitaban a una reflexión sobre los usos de la imagen. La lectura la aproximaba al trabajo de García Torres, el texto corría en un camino paralelo y habilitaba cuestionamientos para esbozar conclusiones. Legón observó unas 18000 diapositivas, dato que no es menor, para llegar a esta selección. Su lectura giraba en torno a algunos pensamientos sobre la historia de la fotografía y su carácter figurativo, sus vínculos con el conceptualismo y los cambios que se produjeron en estas últimas décadas. Legón ve mayor distancia y una pérdida de ansiedad en el uso de la cámara y esto tal vez intensifica la correspondencia textual: las palabras que antes ocupaban el dorso de la imagen hoy están en su frente.

Leandro Katz recurrió a una clásica explicación de su *Proyecto Catherwood*. Se disculpó por la falta de tiempo, acomodó numerosas veces el foco, señaló y retrocedió en algunas diapositivas. Lo particular era ver esas imágenes proyectadas, ya que la gran mayoría de las veces son exhibidas en papel. El trabajo sobre la luz en ese proyecto es una de los aspectos más importantes, sobre todo desde que el artista logra hacer tomas de las construcciones mayas en las noches, muchas veces utilizando luz infrarroja. Su mano extendida compara los asombrosos dibujos de Catherwood con las pirámides restauradas, el reencuentro de esos dos momentos supera la mera comparación y da a la imagen un carácter temporal.

Pienso las diapositivas como una influencia importante para la fotografía argentina de la última década. La luz genera ese tono melancólico de un momento próximo ansiado. Así la obra de Guillermo Ueno, como cientos de fotógrafos que retrataron la luz sobre una cama o el desayuno a medio terminar. Es tal vez cierta nostalgia con un medio que se pierde, por eso muchas son retratos de juventud, muy alejados de *La balada de la dependencia sexual* de Nan Goldin, donde ser jóvenes es estar próximos a la enfermedad o a la muerte.

Percibí *La vuelta al mundo...* con un tono de despedida, a pesar de que la proyección de diapositivas tenga una presencia constante en el arte contemporáneo. Si los artistas la retoman con tanta frecuencia es posible que pronto desaparezca o por lo menos cobre opacidad. Su pasaje de medio a técnica la vuelve inútil y la estetiza de tal modo que solo queda observarla, como si estuviéramos frente a una pintura.